

DATOS

Nombre: Laxidua Morales Greenham

No. Cuenta: 311 24 0294

Correo: layimg412prepa6@live.com.mx

Teléfono: (044) 55 34 44 17 74

Plantel: 6 "Antonio Caso"

Turno: Matutino

Grupo: 617

La Ofrenda

Bugambilia

Saturnino Herrán Guinchard (escritor e ilustrador mexicano) nace en Aguascalientes el 9 de julio de 1887 quien gracias principalmente a su padre escritor va formándose sus primeras cualidades artísticas. Saturnino cursa la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes donde conoce a los amigos que habrán de durarle en toda su efímera vida, entre ellos: Enrique Fernández Ledesma y Ramón López Velarde. Siendo alumno del maestro José Inés Tovilla inicia su carrera como dibujante y pintor. Hacia 1903 junto con su familia llega a la ciudad de México pasa por las escuelas: Escuela de Bellas Artes y la Academia de San Carlos (donde se incorpora posteriormente como profesor), trabaja en la editorial Cultura como ilustrado al igual de dibujante para el Museo Nacional de Historia. Pasa la difícil transición de la dictadura de Díaz a la Revolución.

El 8 de octubre de 1918 Herrán fallece en un hospital de la ciudad de México.

Como artista, Herrán nos ofrece su visión, una mimesis de lo que percibe como la realidad humana, en su contexto, en su entorno y sobre todo en su país. México es su inspiración, presenta al mundo su conocimiento ilustrando la cultura indígena, trabajadores, fiestas, y rituales típicos en sus obras pictóricas.

Revive al indígena que se han encargado de enterrar, lo rescata, lo idealiza y lo expone como símbolo de identidad nacional (considerado antecesor directo del muralismo).

Como artista entra a esta noosfera de ahondar en la condición humana, pretende cargar de realidades simbólicas a su obra, llenarlas de polisemia, nos exige atención y análisis. ¿Realmente lo logra? ¿Su obra es merecedora de interpretaciones estético artísticas? ¿Se arriesga a la crítica? O sólo se estanca en la representación inmediata del mundo humano.

Tomemos entonces una pieza de su rompecabezas, hagamos encajar su calidad de artista. Analicemos una obra que marque su etapa de apogeo, yo propongo:

“La Ofrenda”

“La Ofrenda” refleja el largo y cansado camino hacia la muerte.

Pintada en 1913 este óleo sobre lienzo mide 182 cm por 210 cm. Herrán utiliza una paleta de cálidos y cremosos colores, compuesta de tal forma en que todos los espacios son cubiertos dando la impresión de que el cuadro está recortado, dejando inconclusos los contornos y excluyendo algunos detalles. El espacio es abierto, muestra gran profundidad y diferentes dimensiones de las que se destacan tres. La luz se concentra en el conjunto de elementos más importante: la barca.

A manera de chinampa se encuentra esta barca en diagonal que cruza todo el cuadro; va cargada de flores cempaxúchitl con espesa textura y brillante color, junto con un grupo de indígenas, esta barca avanza lenta y pesadamente sobre el agua turbia que ondula bajo el movimiento. Los viajeros denotan cansancio, desesperanza, tienen la mirada baja, incluso pareciera que algunos están dormidos. Encontramos en total seis personas a bordo. Recargada hacia la derecha del cuadro se postra una niña, ella nos mira fijamente con expresión seria, no se ve dónde está sentada exactamente y si se mira con atención pareciera no entrar en la barca, como si estuviera flotando sobre el agua. Las riendas de la chinampa las toma un hombre de aspecto fuerte y experimentado, este remero lleva consigo un atuendo revolucionario, es el único personaje que alza la vista, al ser encargado de llevar la barca se intriga por ver hacia dónde se dirigen y por su expresión se deduce que no están cerca, ni siquiera un poco; su mirada lo delata, sabe bien que la lejanía no alberga ninguna esperanza. Al centro; protagonizando el cuadro, se encuentra un hombre, quien viste de pintura blanca una camisa remangada y desabrochada así como pantalón de manta pulcra la cual refleja la luz, parado en esa pose hasta cierto punto sensual de cadera ladeada y brazos alzados denota agotamiento, va cargando pesadas flores que se recuestan en su espalda; con una mano las sostiene, las cuida delicadamente para que no sufran de maltrato, mientras que con la otra recarga su cuerpo y su pesadez sobre un palo de madera para no caerse, tiene expresión triste, delirante con la mirada perdida. Detrás de él (a la izquierda) hay un hombre con barba y

bigote, viste de jorongo, se encuentra sentado y recargado sobre una manta, tiene los ojos cerrados, tal vez reza, tal vez duerme. En primer plano, sentada en cuclillas junto a la orilla, está una mujer pensativa que vela las flores y entre su rebozo carga un bebé a su espalda, los dos miran hacia abajo con expresión desesperanzada, a su lado un jarrón de barro muy brillante y frágil, probablemente contiene agua o alguna vez la contuvo. Detrás de la barca se observa una gran línea, un camino de hombres indígenas trabajando, se extiende hacia el horizonte, no se ve su principio, ni su fin. En la profundidad del cuadro, muy a los lejos se ve por fin la tierra firme; volcanes verdes de vegetación que se reflejan sobre el agua. Todo esto lo podemos ver, lo captamos, podemos incluso olerlo; pero interpretar va más allá de lo sensorial. La experiencia artística debe llevarnos a sentir, conocer y deducir lo que nos está diciendo la obra.

“La ofrenda” no solo habla, grita. ¿Qué grita a base de matices cálidos y pinceladas espesas? ¿Qué devela? ¿Cuál es su símbolo?

Toda la barca en sí es una ofrenda, los personajes no sólo vienen en ella, son la ofrenda misma que se desliza, únicamente viva por las flores que la cargan de color y sabor a muerte. La chinampa no está tradicionalmente adornada, es sólo un esqueleto de madera gastada, frágil, sin sombra ni techo. Por la resignación a la que se ven condenados a aceptar todos los personajes, se sabe que el lugar a donde se dirigen no ha de ser alguna mejoría y de serlo nunca llegarán porque el camino es largo y pesado. Objetivizando el papel de cada personaje en la barca, empecemos por el remero; éste personaje de sombrero y bigote es un ícono claro de la revolución, encamina la barca hacia su fin, llevándose consigo a todas las personas que en ella viajan. Al centro, el hombre de manta que aún de pie se encarga de llevar las flores para su propia ofrenda, sabiendo que su fin es la muerte. Tras él, el hombre más adulto, cansado y derrumbado representa la edad, los años perdidos, dormidos y esclavizados de una cultura; en contra posición a la juventud despierta con ojos abiertos que simboliza la niña, cuestiona y reclama con su expresión, advierte la verdad y pide que ésta sea diferente, sin embargo carece de los medios para hacer de sus pensamientos una acción. La mujer

siempre maternal aunque resignada a la tragedia se preocupada por la estabilidad y el aparente “orden” de las cosas, priorizando su atención más a las flores como idea del trabajo y esfuerzo de encajar dentro de la sociedad impuesta que a su propia sangre, su integridad e historia indígena, representados por el bebé.

La revolución ha tomado muchas vidas sobre todo indígenas, ha prometido mucho y el futuro parece lejano, el camino doloroso nunca terminará y se lleva consigo tradición e historia, deja a su paso un largo camino de flores y muertos a los que hay que ofrendar, y seguir adelante puesto a que no hay vuelta atrás, queda solo mirar hacia delante o agachar la vista.

Pesadez, agotamiento, intranquilidad; aseguro que esta obra nos hace sentir universalmente pesados y melancólicos. No pretende serenizar, muy por el contrario su efecto resulta una experiencia inquietante, de angustia ante no poder detener este camino al que se están abriendo paso.

Es una mimesis de la realidad que denota la participación indígena mexicana a principios del siglo XX. Revela el futuro borroso y lejano al que se están aventurando, mismo por el cual se arriesgan entre sangre y política, aunque parece no llevar a ningún lugar. Desmitifica a la revolución como acto heroico y beneficioso.

“La Ofrenda” no cumple con ninguna intención de ser bonita o bella: no resulta meramente agradable o proporcionada. A lo largo de toda la pintura se percibe un fuerte realismo trágico, donde el hombre que se dirige irremediamente a su propio fin. Revela nuestra propia atracción hacia la muerte, a la que tememos y al mismo tiempo esperamos con ansias; revela nuestra condición existencialista de esperar nuestra propia nada haciendo nada con ello, así el único motor de nuestras acciones es la esperanza, de lo que nunca sucederá porque nuestra condición es esperar a la muerte, al caos.

“La forma artística es a la vez forma del caos y forma que desemboca, directamente, en el caos. Es paso y abertura hacia el abismo. Este dar forma al caos es lo que constituye la kátharsis del arte.” Cornelius Castoriadis

“La Ofrenda” ha demostrado ser compleja y simbólica, deja a nuestro juicio múltiples explicaciones, requiere de atención y percepción especializada. Con esta interpretación personal defiende la calidad y valor artístico de esta obra.